

HIERRO!

SEMANARIO LIBRE

Oficinas:

Europa 1173

BUENOS AIRES

AÑO I NÚMERO I—Bs. As. Octubre 6 de 1904

Que conste

La vida es buena: hay sol, hay trigo en abundancia, hay todo. Una semilla diminuta es un árbol; un pedazo de carbón es una locomotora, una ráfaga de aire es una voz humana. Lo pequeño asombra; podría entonces decirse que en la vida no hay nada pequeño: el gusano hila, la abeja hace la miel, el estiércol da rosas. El organismo de hierro de las máquinas, que no sangran sudor ni se encorvan, que no comen pan, que no tienen hijos, en su tarea silenciosa del taller, hora por hora, trabajan para nosotros los alimentos del cuerpo y de la mente. Podríamos cruzarnos de brazos y arrojarles alguna vez, un poco de agua y de leña ó un poco de sulfato para facilitarles la tarea...

Si, la vida es buena, vale la pena de vivir, de sentirse vivir, de participar de la vida. Pero los hombres no son buenos. Porque hay una multitud que sufre y una multitud que goza; una que sabe y otra que no sabe, una que camina y otra que no camina. La gleba siempre es fecunda y no hay pan, el libro siempre está abierto y no hay luz, el hombre siempre es cristiano y no hay amor! Los pueblos están unidos por el riel y por el alambre, pero los hombres no. Lo hemos visto, hemos bajado al fondo de la vida, con la serenidad de los que no temen y, sin querer, instintivamente, ante el cuadro sombrío, ante la llaga gelatinosa, un movimiento de horror nos hizo crispar el puño y rechinar los dientes, nos hizo palidecer como á reos!

Mentira todo, como el cielo, que es aire; la patria, la religión, la familia. No, ya no creemos en la promesa del hombre joven que mendiga boletas electorales; ya no creemos en la dama caritativa que recorre los miserables tugurios del arrabal para atraerse admiradores; ya no creemos en los heroísmos de los chauvinistas de pim pam pum que se pelean por el mendrugo y enarbolan un trapo de color para excitar á los hombres como á los toros; ya no creemos en Dios, ese cómplice nonnato, ese testigo indiferente de todo, espanta-pájaros de jardín, que si existiera merecería por lo menos un puntita pié por cada injusticia y una mala expresión por cada gota de llanto! Abi, al alcance de la mano está el crimen; ni siquiera es menester buscarlo, ni siquiera es menester escarbarse el oído y tantear en la sombra; porque si es lodo, hiede; porque si es hambre, implora; porque si es dolor, grita! Pero se da con el pié á lo que estorba ó se hace como que no se ve y, la caridad en el salón y en el templo, arrastrando sus oros y sus pedrerías, se divierte y se harta y enciende velas en holocausto de los pobres, de esos que no encuentran cama en el hospital, cuando están enfermos, ni agujero en ninguna parte porque tienen hijos...

¡Ah, los que viven en montón, uno sobre otro, restregándose la mugre, en el conventillo, en el malecón, en la calle, para morir así, tantamente, sin proferir una amenaza, cuando menos sin morderse los labios, sin paladear una gota de sangre!

Entretanto, en el rigor del bochorno ó en las noches de invierno, mientras unos se acomodan en el vagón, otros caminan paso á paso, con la piqueta al hombro,

siguiendo el camino de los rieles. Y esa piqueta fué la que abrió ruta en el monte y á través de los campos al penacho de humo de la locomotora.... La caravana enorme y triste,—ó talvez pensativa, quien sabe!—va en su peregrinación obligada, de judíos errantes sin culpa porque no negaron un vaso de agua á ningún dios, buscando otras incommensurables lejanías que no tengan rieles....

Entre tanto, los niños pobres se acurrucan, muertos de frío, descalzos, cabeza con cabeza, en las escalinatas del templo; escarban los cajones de basura, lamen los huesos y mendigan una limosna á los transeúntes. Sin nombre, son productos del lupanar ó talvez del convento; nacieron del amor que se compra, de la cita á oscuras, de la seducción, del hambre. Algunos son descendientes de héroes ó de pergaminos y tienen abuelos senadores. Otros son santos, que nacieron de un parto espiritual, como el de la virgen, en un rincón de la sacristía. Y otros se deben al cochero y á la niña, que no lo fué para abrirse de piernas en el zaguan, sofocada de espasmos.... Y todos ellos al torno de la Inclusa, al hueco del arrabal, como si no fuera carne humana, carne de carne, vida! Pobres golfos, cruzan el largo silencio de la tierra, desde el torno hasta el hospital, deteniéndose solamente, unas en el prostíbulo y otros en la cárcel, hasta rotar, hechos pedazos por el bisturí, á la fosa común de lo que no sirve, de lo que está demás, de lo que no tiene misas de cuerpo presente ni salvas de cañón ni condolencias de escenario!....

Bien calculado y hasta sabiamente, el engranaje social que funciona desde que el mundo es mundo, á la perfecta satisfacción de los menos que gozan y de los mas que no gozan. Proudhon lo dijo: desde el maldito día en que alguien exclamó por primera vez: esto es mio....

La explotación en todo. La explotación del sudor, la explotación de la carne, la explotación de la ignorancia. Una tonelada de trigo por un pan, cien metros de tela por un andrajó, un dije de oro por un cobre. El vicio patentado y con tarifa, la inocencia a merced de cualquier truhan baboso ó viejo cabrón de vaudeville; el hambre en manos de la alcahueta y del rufian, husmeadores de honras, únicos jueces de la belleza femenina, que secretamente al ministro y al estanciero ó le dejan la llave y la dirección bajo sobre con la advertencia de que tiene doce años!.

La juventud de las facultades, la de la calle Florida, la del porvenir... es la del club político, la del hipódromo, la del café; corrompida hasta la masturbación, hasta la sodomía, hasta algo que no se puede decir; vive en el estercolero, goza del erupto y amanece junto al vaso de alcohol con la galera á un lado y la baba entre las comisuras de la boca. De ellos saldrá después la ley que tiene los platillos á nivel y unos irán á la cátedra y otros al foro para enseñar y hacer justicia; en sus manos se colocará la tabla de los diez mandamientos y cuando surja para vergüenza de los hombres un imbécil por atavismo que mate á un lustrador, se le condenará á un mes de permanencia en el cuartel de Bomberos!....

Ya lo hemos dicho: la verdad sobre todo, la verdad del análisis. Libres con los brazos en cruz y la cara hacia el sol, venimos á hacer obra de hombres, pero de hombres enteros. Sin secta y sin dogma, esta hoja vá al porvenir, se adelanta veinte años á la evolución de la humanidad y

se clava como una bandera de luz sobre el escombros de todo lo caído, de todo lo inútil que haya desmoronado con el hacha y la tea, el brazo de ciclope del Progreso.

No más prejuicios, no más esclavitudes. Contra la mentira de la patria, que es odio, hoy que los hombres se unen; contra la mentira de la religión, que es ignorancia, hoy que los hombres leen, contra todas las mentiras ha de golpear pesadamente nuestra voz, hasta herir en lo hondo!

Hace falta hierro, en gotas para unos y candente para los más. Hierro, entonces!

Fag Libert

Puesto que el temor y el espanto fueron en todo tiempo los móviles que subyugaron á los hombres, como reyes, sacerdotes, magos y pedagogos lo han reconocido y repetido bajo diferentes formas, combatamos sin cesar ese cano terror de los dioses y de sus intérpretes por el estudio de la serena y clara exposición de las cosas. Persigamos todas las mentiras que los beneficiarios de la antigua necesidad teológica han expandido en la enseñanza, en los libros y en las artes, y no desdiciéramos la oposición al vil pago de los impuestos directos e indirectos que el clero nos extrae; impedamos la construcción de templos chicos y grandes, de cruces, de estatuas católicas y otras fealdades que deshonran y envenenan poblaciones y campiñas; agotemos el monumental de esos millones que de todas partes afluyen al gran mendigo de Roma y hacia los innumerables subvencionados de sus congregaciones, y, finalmente, por la propaganda diaria, quitemos á los niños que se les da á bautizar, los adolescentes de ambos sexos que consagran en la fe por la ingestión de una hostia, los adultos que se someten á la ceremonia matrimonial, los desgraciados á quienes incitan en el ricio por la confesión, los moribundos á quienes atenorean en el último momento de su vida. Deschristianémoslos y deschristianémoslos al pueblo.

Eliseo Reclus.

El demonio de la forma

Eramos íntimos amigos, estudiábamos Medicina y nos habían puesto de internos en la misma sala.

No nos cansábamos nunca de hablar y de discutir. Yo había leído á Kant, á Fichte y á Hegel, y me creía en mi fuero interno superior á media humanidad; él pasaba los veranos en una casa de campo que tenía su madre cerca de Dax, y conocía á los escritores franceses modernos.

—Créeme le decía yo; la idea es todo. No existe más que el noumeno.

—La forma es todo, replicaba él.

Teníamos por entonces en la sala un caso muy curioso de adherencia del pericardio, una diabloria tramada por el saco en donde se encierra el corazón, que se había ido estrechando poco á poco hasta convertirse en una estrecha cáscara fibrosa que no dejaba ni moverse á la máquina vivaracha encerrada dentro.

Aquel bonito caso ocupaba la cama número 13 y era un hombre taciturno que no debía tener familia, porque nadie iba á visitarlo.

La historia era vulgar, muy vulgar. Había sido mozo en un café de las afueras y sus ahorros se los prestó al amo del establecimiento. Cuando pensó en casarse pidió su dinero una vez, y dos y muchas; pero el dueño, que era muy listo en vez de pagarle le despachó de su casa. El le amenazó á su amo con hacer una barbaridad; el otro le dijo que era un pagué y un primo, y el antiguo mozo machacó la cabeza de su principal con un bastón de hierro.

Cuando fué á cumplir su condena al Abanico unos cuantos meses le acometió, al verse encerrado entre las cuatro paredes de la celda, una melancolía aplastante y un gran deseo de volver á su hermosa tierra gallega, y entre la morriña y el mal trato empezó á faltar á faltar, como decía él, y cuando salió de la cárcel no tenía alma ni para moverse.

Entonces empezó para él una vida que un declamador llamaría horrible. Hambriento, desfallecido, sin estar bastante malo para que le admitieran en los hospitales, repletos de carne podrida, sin encontrar un rincón en donde descansar, renegado de la Providencia. Y la casualidad, cuando ya se estaba muriendo le condujo á nuestra sala.

Era una historia triste la suya, lamen-

NUMERO-PROGRAMA

table; nos la contó á mi amigo y á mi una mañana alegre de invierno, mientras le reconocíamos con el esteroscopio, entusiasmaditos con los ruidos de aquel pulmón que parecía una caja de música.

Deteniamos de habernos conmovido al oír aquel hombre, ¿verdad? Pues nada, como si tal cosa. Y no es que fuéramos insensibles. Y la prueba es que mi amigo, al recitar unas poesías de Hugo, le temblaba la voz y á mí me daban ganas de llorar.

Es que el enfermo no sabía encontrar al referir su desgracia el ademán justo, la inflexión de la voz propia del momento. Además, pensábamos en lo bonita que sería su autopsia.

Al cabo de algún tiempo, cuando se murió ese enfermo, ocupó su cama un chiquillo de la Inclusa, lo más miserable, lo más horrorosamente miserable que pueda existir. Al verle se experimentaba cierta compasión, pero más repugnancia que compasión, hay que confesarlo.

Un día le compadecimos de veras: el día de Reyes. Estaba el niño en la cama jugando con unos cartones de caja de fósforos, mirándonos de vez en cuando con la mirada de viejo de sus ojos hundidos y reclusos.

El médico aquel día se sintió romántico, recordó que los niños de los ricos tenían en esa época juguetes, regalos, caricias maternales... ¡Ah! ¡ah! ¡Caricias maternales!... La frase estaba bien dicha; cada uno de los que estábamos allí aportó un sentimentalismo más y nos conmovimos.

Con el corazón lleno de sentimientos piadosos y caritativos salimos del Hospital. Un pobre nos abordó en la calle con la cantinela de que tenía siete hijos y la mujer enferma. Era un tío con un aspecto de bruto y unas manchas rojas en la cara; le mandamos á paseo y no tuvimos inconveniente alguno en suponer que era un borracho.

—Con esa cara no se debe salir á mendigar—dijo uno bromeadito. Y tenía razón: para pedir limosna, para excitar la compasión hay que preparar la cara y tomar pos-tura. He visto llorar á una madre, revolcándose por el suelo, desmenuzada, furiosa, junto al cadáver de su hijo, que cayó de un andamio á la calle. En las personas que la contemplaban no se veía más que indiferencia mezclada con la irritación de gentes a quienes no les dan lo que se les ha prometido. Somos unos miserables!

—La forma es todo, como decía mi amigo; necesitamos para conmovernos el dolor artístico, la lágrima transparente que corre por la tersa mejilla. Somos unos miserables.

Algún tiempo después yo fui á un partido de médico y mi amigo quedó en Dax con su madre. No tenía noticia alguna de él cuando me escribió diciéndome que estaba enfermo con una ataxia locomotriz. Lei su carta y me pareció banal y sin interés, y no le contesté. Tras de unas semanas recibí su esquela de defunción.

Desde entonces, cuando me siento meridional y enamorado de la forma, me desprecio profundamente.

Pio Baroja.

Ante la idea

El señor Barnier se paseaba nerviosamente de un extremo á otro del lujoso salón, torciendo entre los dedos de su mano derecha la gruesa cadena de oro que salía de uno de los bolsillos de su chaleco, blanco. Ana, su hija única, una joven de veinte años, hermosa, cándida, tierna, sencilla, estaba sentada en un sofá, abatida, llorosa. El señor Barnier continuó por algunos instantes en sus paseos, y luego, parándose frente á la joven, dijo con mal disimulada violencia:

—Ya lo sabes, ese hombre no te conviene; es un espíritu rebelde, que nunca podrá hacerte feliz. Hombres como él no necesitan la sociedad, pues constituyen verdaderas amenazas al orden y á la seguridad de los ciudadanos. Además, el porvenir de Ernesto no es muy brillante que digamos. Es cierto, por otra parte, que yo tengo dinero suficiente para hacerte un buen regalo de boda, pero conozco el carácter de ese hijo y sé que nunca aceptaría ni un centésimo regalado por mí. En fin, es un anarquista y en verdad no sé cómo ibas tú á presentarte en nuestros salones aristocráticos del brazo de semejante hombre... Si hasta ahora he callado, ha sido porque realmente ignoraba las ideas que tenía Ernesto, por más que siempre me ha parecido algo alocado. Hoy ya las cosas han cambiado. Reconoce con migo que ese libro que ha publicado y esas conferencias dadas en centros anarquistas y que tanto ruido han producido, no le serán nunca perdonadas,

y ya verás como todas las puertas se le han de cerrar, como le cerrará para siempre las de esta casa. Tu madre no vive ya, y por consiguiente, es necesario, que yo vele por ti y tu me respetes.

Y el señor Barnier, grave, con paso reposado, siempre jugando con su gruesa cadena de oro, salió de la estancia, dejando a la pobre muchacha llorando silenciosamente, echada en el sofá. Ernesto era su novio. Un apuesto mozo, moreno, casi de su edad, bueno y cariñoso hasta la exajeración, que la adoraba con todo el apasionamiento de sus pocos años y que ella también quería mucho, muchísimo, a pesar de los largos discursos que contra él solía pronunciar su padre. Ernesto era un literato, cuya pluma siempre había estado al servicio de las causas cuyos ideales se basaban en la Verdad y la Justicia; era un espíritu rebelde, que no podía acomodarse a la hipocresía y a la maldad de que hacía gala aquella sociedad que veía a su alrededor, que conocía mucho y de la cual era decidido enemigo. Desde pequeños se habían conocido. Ana había jugado con Ernesto durante su niñez, y ambos se habían amado apasionadamente cuando sus corazones sintieron necesidad de un afecto más íntimo, más complicado, más intenso.

El joven había desarrollado libremente su inteligencia. Por meras casualidades habían caído en sus manos libros revolucionarios, donde las ideas nuevas de Libertad y de Justicia estaban ardientemente defendidas. Los leyó con interés y bien pronto su conciencia gritó alto, sus conocimientos se profundizaron y llegó a ser un convencido, un entusiasta de la regeneración humana. Odió las preponderancias, los gobiernos, las pasiones, los fanatismos. En su espíritu inundado de luz no cabían sombras.

En la intimidad de sus relaciones con Ana, había el trabajado también en aquella cabecita rubia, donde dos ojos claros, de mirada franca, preganaban a veces una inocencia hermosa; había trabajado en el sentido de inculcarle ideas sanas, ideas buenas, conceptos verdaderos del bien y del mal, sentencias de verdad y de justicia. Y ella había oído todas aquellas cosas muy atentamente, como oía todo lo que su novio le decía, y había también creído en la bondad, en el amor de todos los hombres, en el definitivo consorcio de toda la familia humana. No había tenido que violentarse para creer en cosas tan bellas, que tanto bien hacían a quien tenía en ellas fe. Amar al prójimo, desear para todos los desheredados, para todos los maltratados por los prejuicios rancios de las sociedades viejas, un poco de felicidad, no poder concebir que hubiera en el mundo hambrientos, cuando en los festines de los ricos se desperdiciaban tantos manjares; no era seguramente tarea onerosa para su espíritu inteligente y para su conciencia blanca, pura, sin manchas; conciencia de niña. Y sin darse cuenta de ello, sin pensar que para una joven de sus condiciones—rica, hija de un senador, un hombre que aunque se titubaba de liberal tenía complacencias para con los sacerdotes, y era conservador ultra, tener semejantes ideas era poco menos que verse desterrado de todos los salones, de todas las casas aristocráticas, de todos los centros de lujo y de elegancia; escuchaba a su novio complacida, siempre que él le hablaba con su voz dulce y su tono de convencido, de todas esas esperanzas de un futuro de felicidad, de amor, de justicia.

Y así, en espera del venturoso día que la ley, tan sola la ley,—con la cual únicamente transigía, aunque de mala gana, Ernesto—legitimara su unión, pasaron algunos años. Y después, por último, se había producido el derrumbe de todas sus ilusiones: el señor Barnier se oponía a que se casase con un anarquista. ¡Hubiera sido un escándalo!

A la noche siguiente del día en que el señor Barnier manifestó a su hija su prohibición para que continuara sus relaciones con Ernesto, éste se presentó como de costumbre en la lujosa casa. El criado lo hizo entrar al salón, después de un confidencial saludo:

—Buenas noches, don Ernesto.

El joven se encontró inmediatamente con el señor Barnier y con su novia, quien á duras penas contenía los sollozos que la agobaban. Tenía los ojos inflamados de tanto llorar.

Después de los saludos, el señor Barnier tomó la palabra. Fué un discurso conceptuoso, muy cuidado, sin violencias, pero terminante. Ernesto quedaba desde ese instante, expulsado de la casa.

El joven, al principio, no se dió cuenta exacta de lo que le decían, después, de golpe, lo comprendió, y su corazón, su hermoso corazón tan grande que daba ca-

bida á todas las ideas nobles que agitaban á la humanidad, se estremeció dolorosamente, como si hubiera sentido el frío contacto de la punta de un puñal. Estuvo un instante como atollado, mudo, mirando estúpidamente al señor Barnier, que muy sereno entretenía constantemente sus dedos en el juego con la gruesa cadena de oro de su reloj, y después, al oír un sollozo de Ana, un sollozo que se había escapado violento de aquel pecho inocente que amaba mucho y que no se resignaba al olvido, levantó arrogante la frente, afirmó su actitud, y con voz enérgica exclamó:

—Bien, señor Barnier; usted me arroja de su casa, usted pretende destruir de una manera criminal un amor que es la vida de dos seres que ningún daño hacen á nadie... Pues bien: usted no será el que decida, usted no tiene suficiente poder para ello, quien decidirá será Ana.

Y volviéndose hacia la joven y tomándole cariñosamente las manos, le preguntó:

—Ana, ¿tú me repudias porqué amo á los desgraciados, porque soy amigo de los infelices?

La pobre niña no respondió en seguida, el llanto la agobaba; con la cabeza caída sobre el pecho estaba temblorosa de pena, y su belleza en aquel instante era más delicada, más luminosa. Pasaron unos segundos, Ernesto volvió á repetir su pregunta, y entonces Ana se levantó también; las lágrimas seguían corriendo por su rostro delicado, los sollozos apenas le dejaban hablar:

—Papá—dijo—yo amo á Ernesto y seré suya siempre, siempre!

Ernesto sonrió: no había sembrado en vano en aquella alma blanca, abierta á todos los amores!

El señor Barnier tuvo una palabra de violencia, quiso avanzar amenazador hacia su hija. Ernesto se interpuso.

—Calma, señor Barnier, yo no permitiré que toque usted á esta mujer que debe ser mi esposa. Es en vano que se oponga á que sea mía. Llamará usted á los criados, hará que ahora me expulsen de su casa, pero mañana, pasado, dentro de un mes, Ana vendrá á mis brazos, lo mismo que la piedra lanzada al aire vuelve irremediablemente á caer sobre la tierra. Sea, pues, un hombre prudente, y no quiera oponer sus preocupaciones mundanas á un amor que es fuerte como dos volutas de jóvenes y apasionadas.

El señor Barnier gritó, alborotó, quiso llamar á la servidumbre; después, viendo la actitud serena y resuelta de los dos enamorados, se calmó de pronto y su ira se convirtió repentinamente en desprecio.

—En mi casa mando yo—dijo—y en ella se piensa como pienso yo. Por lo tanto quienes se rebelen á mi autoridad, están demás aquí. A los hijos ingratos hay que tratarlos con dureza.

Ernesto se volvió sencillamente hacia la joven y solo dijo dos palabras:

—Vámonos, Ana.

La vida vaciló, miró suplicante á su padre: en sus ojos había un infinito de ternura y de dolor; después, viendo la dureza de aquel rostro colérico, se miró despreciativa, se estrechó asustada contra su novio y quiso huir en seguida, sin reflexionar, obedeciendo á una fuerza extraña. Ernesto la acompañó sosteniéndola con cariño. Cuando los jóvenes llegaron á la puerta, el señor Barnier, comprendiendo perfectamente su impotencia ante aquella pasión que no admitía convencionalismos, lanzó á la espalda de Ernesto estas palabras que eran latigazos:

—Adios, ladrón, me robas á mi hija!

Ernesto se volvió, y con una llamada de fe en sus ojos, poniendo todas sus hermosas y grandes ideas en su mirada, dijo:

—¡No, no la robo, la emancipo!...

Y salieron, en marcha al porvenir, por el camino florido del amor sin prejuicios, hacia la región de eterna felicidad.

Enrique Crosa.

Una vez recibido este número, los suscriptores se servirán abonar por correo ó personalmente, el importe de la suscripción á nuestras Oficinas; de lo contrario se les suspenderá enseguida el envío del periódico. No hay cobrador por ahora.

Las Sociedades Gremiales, Centros y Grupos obreros etc., pueden disponer de estas columnas para publicar sus resoluciones, avisos en general, dirección de locales y cuanto sea de interés para todos.

—Las denuncias de hechos etc., deberán ser garantizadas de manera que no dejen lugar á dudas ó, en tal forma, que la Redacción las pueda comprobar debidamente.

Nosotros

Somos forjadores de entusiasmos, de esperanzas, de rencores y alegrías; somos sembradores de acciones.

No traemos fe, promesa, ni bandera alguna. Nuestro dogma es la vida, vida mejor, vida más amplia, cada vez más buena; vida para todos. Nuestra bandera el sol. Ni leyendas, ni ensueños.

Nada hemos dejado á nuestras espaldas por que todo es nada, y en cuanto al mañana... más lejos, cada vez más arriba, más alto, más allá... Siempre más vida, vida mejor, vida más amplia. Arriba, por la senda: un sol, un horizonte, un puño fuerte, un pecho sin mengua, y en la noche sin luz de la derrota audaces por estrellas!

Una ilimitada ansiedad de vida nueva, de viriles expansiones; una indomable ansiedad de acción, ¡oh, hijos del trabajo! nos ha traído, entusiastas y fuertes, irrespetuosos y sinceros, con afán de aventuras y combates á plantar nuestra tienda entre vosotros. Y héla aquí. Abierta al sol que abrasa y hace bronce duro la maciza carne; abierta al sol y al viento de las pampas; abierta á las silváticas ráfagas de las cumbres saturadas de sales y de aromas fuertes; abierta á esos vientos lejanos de tempestad y de fuego; á ese viento de acción y de pelea que tonifica y tiende el músculo potente, y que sana el pecho dándole fortaleza de muro y amplitudes de fragua!

Desde lejos, desde allá de la montaña en cuyas cumbres con la nobleza del satisfecito cultiváramos otrora el minúsculo vergel de nuestras flores, de nuestras pequeñas flores de ilusión, de amor y de bondad; desde lejos, desde allá donde el engañoso ensueño del poeta tegía con lentitud mortal, el colosal embuste de la gloria; desde allá de la cumbre de nuestra juventud alegre y bulliciosa, desde allá el lamento un día con que la humanidad entera sollozaba de angustia y de dolor, de injusticia y de ansiedad; oímos el grito con que la humanidad que trabaja y piensa, sollozaba de hambre y de horror; oímos el rumor de la pelea, de la contienda colosal, de los pocos contra los muchos, de los débiles contra los fuertes; de los que sucumben en perpetua y fatigosa labor, contra los hábitos perpetuamente satisfechos de su olanzaga perpetua.

Fué entonces cuando, torvo el ceño, crispado el puño y contraído el brazo, con la mirada escrutadora, sombría y tenazmente fija y preñada de relámpagos de ira quisimos y logramos orientarnos entre la espesa sombra de injusticia y de horror de la espantosa noche social que nos rodea. Y vimos bien la vida, y comprendimos su enseñanza y fué entonces cuando, con ademán airado y fuerte nos dispusimos á todo y abierto el corazón, alta la frente y la intención segura, nos lanzamos alegres al combate, decididos á todo y contra todo.

Y vimos la vida.

Sobre el yunque de los mundos forja vidas el sol, mientras sigue generoso y bello su espléndida carrera interminable, fecundando con sus besos de ardiente luz los prados y los montes, los valles y los ríos, océanos y cascadas.

La vida puede, debe ser dulce, bella, amable, alegre y ¡por qué no serlo!

Y vimos más.

La justicia del hombre, su religión, su ciencia, su caridad, mentiras vanas; falsedades, engaños. Lodo en polvo y no más. Lodo en polvo que sin vientos de ignorancias y quimeras, levanta sobre el mundo y sobre el hombre en la primera mañana de su vida y le ofusca la mente y le cegó los ojos.

Y sacerdotes, guerreros y jueces, surgiendo en la vida enferma, como gusanos en la podre, se apoderaron del hombre y le arrastraron lejos, le llevaron fuera de sí mismo.

Fué maldito el placer, el cielo, la luz, la belleza, la vida misma: todo estaba allí, lejos, fuera del hombre, lejos del hombre, en otro mundo, en otra vida. Y la locura, una locura sombría y feroz, pasó sus cascabeles por la tierra, suelta á la ventura, fornicando liviana con señores y tiranos, con abades verdugos, y guerreros, mientras el hombre con espanto de sí mismo y de los dioses, fué á hundirse en el fondo lúgubre de los sombríos claustros y de los téntricos monasterios, á gemir su culpa, su horror y su miseria. Y cuanto y cuán infecto lodo amasaron los siglos con tal luto!

Cuando tembloroso, abatido, débil, miserable y turbado se atrevió á salir, la tierra brotaba infamia y el cielo ocupaba odio.

Era que sobre el tajo de Dios la religión quería ajusticiar la humanidad. ¡Mas no pudo ser!

Un grito colosal de angustia y muerte surgía de los campos de combate! Dios, patria y el rey. Tal era la señal. Tembló la tierra, hubo el caso brutal de los corceles lanzados en carrera loca á conquistar el hombre para un monstruo.

Y entre el choque de las armas de pelea y el tronar de los bélicos tambores la explosión del incendio y la metralla, la salvaje ferocidad de los vencidos clamaba al par del vencedor siniestro, el grito infame: Dios, patria y Rey!

Y vimos más.

Vimos la horrible esclavitud del hombre y le vimos sollozar de hambre y miedo, ¡oh, siervos de la global bajo la infame esclavitud de su libertad sin pan.

El lo hacía todo y no tenía nada, ¡oh,

triste Rey del bosque y del abismo! Daba pena el verlo tan grande y tan esclavo. Parecía un águila sin alas ó un Dios gigante á quien le hubieran cercenado las manos. Ah, tener pensamiento que vuela al infinito y ser esclavo que gime en el abismo! ¡Oh, Prometeo!

Un grito de colosal angustia, espantoso remedo de una tempestad de ahullidos, alzabase doquier. Campos, fábricas, talleres y presidios, cuarteles y colegios, chozas y tugurios, todo era triste; todo esclavo; doquier lágrimas, y sangre por doquier.

Un monstruo—el Capital—de voracidad insaciable, lo dominaba todo, era amo de todo, dueño de todo, señor y Dios de todos.

La ignorancia y el error por todas partes. La vida era un potro. En él sudaba oro el hombre y la mujer plácemes.

Y entre la inmensa podredumbre de tanta ignominia y de tanta ceguera se debatía el pensamiento como un cóndor cautivo, por miedo de los unos y por torpeza de los otros, prisionero encadenado de la cobardía humana.

Y como vimos además que los viejos pagares del pensamiento y de la vida hacían esfuerzos inauditos para sacar nuevamente al hombre fuera de sí mismo, pintando con meros colores el viejo y podrido maderamen del ruinoso paraíso y los fantoches de la patria, de la virtud del deber, del honor, y otros mil ensayaban una nueva comedia, he aquí que nosotros hemos querido emprender solos este viejo de aventuras y combates, rumbo al sol, para ir anunciando por montes y por llanos, que no hay Dios, que no hay patria ni deber, que la ley es un engaño, la caridad una mentira, la política una estafa, el estado una infamia, la iglesia un mercado. He aquí como con nuestros fuertes pulmones venimos á gritar á nuestro antojo que toda religión es una cobardía y una mentira disfrazada, todo sacerdote un vividor, todo político un sacerdote del voto, todo soldado un bandidero, todo juez un soldado de la ley! He aquí por que venimos á gritar que todo esto está podrido y la vida enferma, y que todo esto debe cesar pronto, muy pronto!

He aquí por que os traemos HIERRO, y el por qué somos forjadores de entusiasmos, forjadores de esperanzas, de rencores y alegrías, sembradores de acciones! Cuando germinen, esperamos de vosotros, ¡oh, hijos del trabajo! esclavos del salario, víctimas del tugurio, del presidio y del cuartel, esperamos de vosotros la señal... Entre tanto dejados proseguir nuestra marcha, forjadores de Hierro y de alegrías, y dejad que alcemos por un momento entre vosotros nuestra tienda abierta al sol que abrasa y al viento de tempestad que tonifica el músculo!

J. Perez Castro

EL ATENTADO, *versi-mondólogo*, en verso, por FAG LIBERTY.—*folleto* de 20 páginas, á 0.10 centavos ejemplar.—*Paquete* de 12 ejemplares 1 \$. Aparecerá en breve. Pedidos á la administración de HIERRO!

Pequeños comentarios

Con motivo de haberse reunido en Roma un congreso de libre-pensadores, el Papa dirigió á uno de sus purpurados una carta—protesta en la cual manifiesta su desagrado calificando de ateos é impíos á los congresales, siendo objeto de sus mayores censuras el hecho de haber tomado como punto de reunión «la ciudad capital del mundo católico, residencia de Dios en la tierra».

Delenda Roma es la primera sentencia que pronuncian nuestros hábiles ante tanta torpeza, y delenda Roma repetimos cuando la sangre de nuestras arterias,—acelerada en su curso por supremas crispaciones,—se agolpa en nuestros cerebros, produciendo una rebelión de ideas grandes destinadas á iluminar los cerebros oscurecidos por esos tartufos, que desde hace siglos se vienen erigiendo en reyes de las conciencias timoratas, sugestivas por la mentira y la farsa debido á la fatal predominación de la ignorancia popular.

¡Subyugadores de conciencias! ¡Verdugos con sotana, parásitos de la humanidad, embrutecedores de los pueblos, sabed que esos ateos é impíos son los que despiertan, los que basados en una verdad científica irrefutable, niegan la existencia de ese Dios maldito, bajo cuya invocación se mata á Bruno y Galileo, y bajo cuya sombra se ampararon las sangrientas epopeyas de ese ejército brutal que mandaba Torquemada. Esos ateos é impíos, repetimos, ante tanta luz en una mano la linterna de la filosofía racionalista y en la otra la piqueta que debe demoler hasta el último vestigio de esas creencias humillantes, hijas de la depravación y del miedo, que han hecho de sus prosélitos un montón de carne servil, sin otra misión en la vida que la de ser esclavos de su propio embrutecimiento.

Entretanto sigamos exclamando,—mientras acude á nuestra memoria el cortejo de horrores del Santo Oficio,—la sentencia que tan dignamente encuadra ante las geremías del rey de los estúpidos: *Delenda Roma*... ¡Hay que destruir la milenaria leyenda amamantada á través de los tiempos, hasta ayer, el imperialismo del Error, multiplicada á la sombra de la vieja Ignorancia, y que hoy tambalea, caduca, bajo el martillo de la verdad, abriéndose en millones de grietas á la luz de la Ciencia redentora.

Entresacamos los siguientes párrafos de una carta que nos envía un amigo residente en Barcelona:

«Bajo la presidencia del compañero Isart-Bula se ha celebrado un mitin para tratar de la cuestión de Alcalá del Valle.

Todos los oradores lanzaron contra el Gobierno acusaciones por no haber depurado las responsabilidades en que hubieran incurrido los autores de los atropellos.

Las palabras de algunos oradores suscitaron serias protestas y ruidosas réplicas.

El compañero Castellote, orador impetuoso, consumió un turno para exigir que la comisión que se ha constituido para organizar mítins de protesta en Marsella y Tángier se la indicara para gestionar el castigo de los culpables de las torturas a que fueron sometidos los presos de Alcalá del Valle.

Otros representantes de Asociaciones obreras salieron a la defensa del derecho, mejor dicho del deber que les incumbe de vengar a los compañeros atormentados, recabando el castigo de los atormentadores.

Después de viva polémica, la Asamblea acordó suscribir la siguiente resolución:

«Los aquí reunidos entienden que se debe continuar la campaña en pro de la justicia, con motivo de los hechos de Alcalá del Valle, cooperando al éxito de sus gestiones los mítins que con igual objeto se celebren en el extranjero.

Para terminar, se nombró una Comisión encargada de llevar a la práctica las conclusiones adoptadas en el mitin.

Por nuestra parte, afirmamos con íntima sinceridad, que el escarmiento se impone. El verdugo no debe quedar tranquilo y sonriente, bajo la impunidad de su máscara de ignominia. ¡Oh, el escarmiento!

—Telegrama que remiten desde el Rosario de Santa Fé a uno de los grandes rotativos metropolitanos:

«Esta mañana se ha presentado ante el jefe de policía una delegación de cocheros para protestar contra un hecho inaudito digno de ser castigado.

Un comisario fué a ocupar al cochero aludido y éste, que tenía un compromiso, no pudo servir, lo que bastó para que fuera encerrado en un calabozo, donde pasó la noche, enviándose el vehículo al depósito municipal.

Al cochero se le dió una inhumana paliza y después de una noche de calabozo se le aplicó además una multa.

Esta es la manifestación que hizo la comisión y sería de desear, como lo ha prometido el jefe, que, comprobado el hecho, se le aplicara al autor un condigno castigo».

Un conato de castigo, dirán ustedes; porque suponemos que no intentarán hacernos engullir un melón entero, sin quitarle la cáscara siquiera. Estamos acostumbrados a estas viejas sonatas, y conocemos hasta donde llega el imperialismo, de esos caudillos de provincia, groseros, ladrones, imbeciles y borrachos, que median a la sombra complicidad del agiotismo, de la chusma soldadesca y del temor criminalmente sembrado. Cuando se haya concluido de fabricar la cuerda para ahorcarlos a todos, no será necesario el condigno castigo a que hace referencia el telegrama!

Cloaca Social

Es menester ante todo, deslindar posiciones. Nosotros los muchachos rebeldes de HIERRO! preferimos las cuentas claras, como las de Cívít, al chocolate con harina de los banquetes de buen tomo. Inauguramos nuestro período, moralizador, que diría La Prensa, seis días antes de que se inaugurara el período presidencial del señor de la pose gentil ó llavallotina, si se nos permite y no lo toma a burla la virginidad dorsal del príncipe heredero. Sujestivo, si que también halagador (eso lo aprendimos en la Cámara) es, indudablemente, que la inauguración de los dos períodos, casi se nos escapa de las dos presidencias... se verifique en el mismo mes, ya que no en el mismo día, y que ese mes sea el del descubrimiento del nuevo mundo. Casi estamos por decretar el estado de sitio... Pues bien: no faltará un espíritu juguetón, como el de Peña, que reflexione largo y tendido acerca de tales acontecimientos y pretenda echar sobre nosotros el velo de la calumnia ó el sambenito de la vela, diciendo luego que Quintana es nuestro protector y que HIERRO! será el órgano oficial de la presidencia futura. En asuntos de órganos no nos satisface ni el de la Cathedral ni el de Cernadas y en cuanto a protectores, que vayan a Wilde, porque nosotros somos solteros y calvos como el jefe de policía. Ahora, si el Dr. Quintana, según lo ha dicho a sus relaciones, quiere subvencionar a HIERRO! generosamente... escríbanos aparte, nos portaremos mejor que Vedia con el antecesor y día a día tendremos la franqueza de desacreditarle, previo contrato, en la luz y en la sombra, hasta que nos aplique la ley canina de Cané ó nos amordace con algún caracé de cadáver como el que tiene atragantado Lugones.

El programa de gobierno del presidente nos es desconocido pero, con todo, ya se nos figura que no dirá lo que nosotros en el artículo de fondo, que es algo así como nuestro programa. Los presidentes olvidan a menudo la conjugación del verbo robar en sus declaraciones de principios, y sin embargo roban, lo que significa que para ser ladrón, no es preciso saber gramática ni conjugar el verbo con la boca sino con la mano. Hay falta de sinceridad en todo esto, más aún si se reflexiona en que el Dr. Figurín es un hombre instruido, no ya naturalmente como Roca, que fué dos veces maestro de escuela..., ó como Juárez, que conjugaba el verbo hasta en ruso, y capaz sobretodo, con paciencia y saliva, de adaptarse al medio y a la tradición, por aquello de que la cabra tira al monte y Adrián Patroni al parlamento.

Quede, entre tanto, constancia de lo dicho...

Ja primavera fué, hace días. No se imaginen Vds. que fué a algún sitio malo, ó a conlarsarse en camisa con cualquier monseñor. La primavera es una joven decente, pero no distinguida, cuanto tenga sus cosas entre los ramajes... Digo eso y lo digo así, de que la primavera fué, porque me siento medio Roldán, en estas mañanitas de sol y de perfumes.

Palermo se abre a la vida gloriosamente. La prole feliz de los ricos, hembras y machos, machos hasta por ahí no mas... no sabe nada de ella, de la vida, como no sabe de muchas cosas. Unos y otros van a asolearse la humedad del cerebro, y a descascarar un poco de lepra del atavismo, encanándose como peleles en la carroza que deberían tirar si quiera una vez a la semana, para bien de los músculos y de los caballos. Incapaces de recibir el sol de plano, frente a frente, lo amortiguan con la sombra de seda ó el sombrero de paja, porque les hace doler el testuz ó les produce vahidos.

En nuestro carnet del último día de mayo ano, tamos los nombres de las familias de: Baboso An choreana, Escapulario Saenz Peña, Chiripá Pereyra, Pequeñez Terry, Punga Varela Ortiz, Calote Magestic, Muebles Magnasco y otros muchos «que sentimos no recordar en este momento.»

Las selvas paraguayas con sus loros y sus monitos, obscuras siempre como el cerebro de algunos diputados provinciales, están de jolgorio, hace ya tiempo, debido a que unos de la oposición tienen hambre y quieren comer y los del queso comen y no piensan reventar todavía. El saravia es uno que era comisario aquí y que nunca pasó de eso, con fama de muy jombre entre los vigilantes. En cuanto a los que le apoyan, son los mismos del Uruguay y de la revolución del Parque, decididos a morir por la bolha y el cintillo; los zonzos de siempre...

Las revoluciones no se hacen con soldados en patas y obscuridades de cuartel, ni cruzando llanuras al sol más ó menos insipido de los clarines. Las selvas paraguayas como otras selvas del mundo que todavía tienen loritos, se revolucionan mejor y más pronto con un ejército de veinte mil ejemplares de Reclus ó de Faure ó de Kropotkin, que es algo así como un ejército sin indiana alfabetista ni coronelotes borrachos, ni generales asesinos.

Y nunca mejor lo que dice Joseph Peladán: el héroe verdadero es aquel cuya muerte está coronada por una idea, no el torpe a quien se le ha dicho: «la consigna es de morir para favorecer la venta de los gorros de algodón, en un país lejano!» En el Paraguay por ejemplo...

En el número del 29 de Septiembre ppdo. de La Prensa, el diario del foco y de la estatua y de los materiales sin derecho de aduana, encontramos algo que merece una meditación como si se tratara de una estrofa de Ruben Dario. Un ignorante, que debe serlo más que Oliveira César, pregunta al borronador de las Informaciones útiles ó inútiles, porqué motivo se prohíbe la entrada a los templos, libremente, cuando se verifica un negocio nupcial, de latines y genuflexiones.

Y La Prensa dice, ni más ni menos: que una mentira repugnante. Héla aquí:

«Si bien es cierto que la entrada a los templos es libre, pues es la casa de Dios, la costumbre que en cierto modo hace ley, permite que en las ceremonias nupciales no se consienta la entrada a todo el mundo y que se exija invitación».

«Esto se debe a que el acto de matrimonio es una ceremonia particular, en la que interviene un número determinado de familias, relacionadas con los contrayentes, a quienes estos invitan. Por eso «pues, es aceptado, que no se permita la entrada en esos actos a los que no estén provistos de la respectiva invitación, por creerse que sólo tienen interés en asistir a la ceremonia los relacionados con los esposos.

No puede darse mayor desvergüenza... como que ha sido escrita calculando el efecto, midiendo las palabras y pensando en los suscriptores... Pero nosotros contestamos al preguntón como se debe, aunque se borre de nuestra lista el espíritu celestial en forma de paloma ó de cuervo. La entrada a las

casas esas, sin puerta de hierro, que no son de Dios sino de quien de más, se prohíbe en los días de boda por que los interesados las alquilan, como se alquila «La casa Suiza». La costumbre en estos asuntos de sotas no hace ley, porque de lo contrario también se impediría la entrada a los templos cuando se verificasen casamientos sin lujo ni marchas de Mendelshon. Entonces también se trata de una ceremonia particular en la que interviene un número determinado de familias relacionadas con los contrayentes...

¡Oh, las casas de Dios y los canallitas vulgares del periodismo!

En esta crónica ó cloaca, como la vida social de «El Diario», hemos de reflejar minuciosamente, número a número, el movimiento de nuestro mundo distinguido y de nuestras damas, que también se mueven, sobretodo cuando se trata de organizar una kermesse a beneficio de los pobres ó de socorrer a los que tienen asegurada su ración de gloria en el cielo.

Desde el flirt, que significa masturbación, hasta el fand que significa pudín inglés, cuanto ocurra de nuevo en cuernos, raptos, fugas, cabronadas, dueños sin sangre, etc., etc. será analizado químicamente por nosotros. A base de benjui—ó mejuj como dice doña Cornelia Pereyra, ex-novia de don Bartolo, el de la calle que antes era Piedad—para evitar desvanecimientos, y de cloruro, para evitar infecciones, ni Doyen ni nadie nos aventurará en la tarea. Y por si la cosa resultara de mal olor todavía, como Gramajo, entre las noticias sociales colocaremos las de sport, para que tiren en yunta ca ballos y caballeros; enterando a Vds. del estado en que se hallan las potranas, de quienes son sus cuidadores y sus dueños y a qué stud pertenecen...

Será una amena causerie con notas internacionales sobre la mar de tonterías, como la preñez de la reina Elena ó la tuberculosis de Alfonso; con reportajes al viejo Sabatucci ó interviews al payo Roqué, acerca del milagro de los peces y de los pesos y del arte de comer de gerra, respectivamente, y con instantáneas de folajes oscuros que suspiran en las noches del Patronato ó confesionarios que se mueven, en fin...

Vá a ser una cosa de pura uva, ya lo verán Vds.

Crónica Científica

La máquina humana

El organismo del hombre es el sitio de una continua transformación de energías. Desarrollo de calor y movimiento de los órganos, de los tejidos y de las células, son la característica de la vida.

La fisiología nos enseña a medir con bastante aproximación la cantidad de calor producido en un tiempo dado, así como el valor de los movimientos en trabajo mecánico. ¿De dónde procede este calor? ¿de dónde la fuerza, causa del movimiento? A la ley establecida por Lavoisier (1775) sobre la permanencia de la materia: «Nada se crea, nada se pierde, la materia no puede salir de la nada ni entrar en la nada: cuando parece desaparecer ella no hace más que transformarse, cambiar de estado, pasar una combinación a otra» sucedió la otra ley, su correlativa, formulada por Helmholtz, en 1847. «La cantidad de fuerza» capaz de obrar existente en la naturaleza inorgánica es eterna ó invariable, como la materia misma. Las fuerzas como la materia no se gastan no se destruyen, se transforman. Sobre estas leyes descansan la química y físicas modernas. Negarlas sería arrojar en el caso estas ciencias y las de que de ellas dependen.

La materia de que está formado así como el calor y movimiento que apreciamos en nuestro cuerpo proceden del mundo exterior. Con los alimentos que a diario introducimos en nuestro individuo, llevamos la materia de que estamos formados y las energías que somos capaces de producir.

Entre el hombre, que paso a paso lleva un fardo a cuestas, jadeante y cubierto de sudor, y la locomotora que arrastra 500 toneladas a razón de 80 kilómetros por hora, no hay diferencia mecánica, los trabajos (el peso de la altura) de uno y otro son proporcionales a las energías empleadas; el uno quema azúcares, grasa, albúmina, alimentos en una palabra; la otra quema carbón. La fuerza de la máquina se agota con su provisión de combustible, la del hombre con la de los alimentos que ha ingerido; sabemos entonces que al arder el carbón en el aire como al transformarse los alimentos en el organismo desarrollan calor y fuerza que se traducen en movimientos. La energía del carbón ó los alimentos antes de quemarse, esta posibilidad de producir trabajo en un momento dado, se llama energía potencial en reserva; hay allí una fuerza y podemos

disponer de ella cuando querramos, una fuerza en tensión. Es como si mantuviéramos un peso suspendido por una cuerda a cierta distancia del suelo; permanecería inmóvil, no hay trabajo mecánico alguno, salvo la tensión de la cuerda que lo sujeta. Quémese el carbón y se tendrá luz, calor, movimiento ó energía actual, dinámica; su fuerza ya no está en estado de tensión es una fuerza motriz, una fuerza viva; córtese la cuerda, el cuerpo cae y puede en su caída producir un trabajo exterior, por ejemplo mover una máquina; la fuerza en tensión se ha transformado en fuerza viva. La energía en uno y otro caso no ha sido destruida, ha sido sólo transformada, así como el carbón y el cuerpo suspendido no han hecho más que cambiar de estado ó de sitio, sin haberse modificado en lo más mínimo su existencia material. La locomotora en movimiento, como el hombre durante el trabajo, transforman fuerzas en tensión en fuerzas vivas.

El calor produce movimiento, y el movimiento engendra calor; desde hace muchísimo tiempo se conocen experiencias populares de estas transformaciones, pero su equivalencia fué determinada por Joule a mediados del siglo pasado; calentando el agua por una rueda movida con la caída de un peso encontró el equivalente mecánico del calor. Este equivalente puede ser avaluado en 425 kilogrametros ó en otros terminos, la misma fuerza, que levanta 425 kilogramos de agua a un metro de altura en un segundo, elevará la temperatura de un kilogramo del mismo líquido en un grado centígrado (caloría).

Para las fuerzas físicas, como la luz, la electricidad, el magnetismo no se ha podido aún encontrar su equivalente mecánico, pero nadie duda hoy que estas fuerzas no son más que modalidades del movimiento y numerosos ejemplos muestran su mutua transformación; a esto se ha llamado el principio de la correlación de las fuerzas físicas.

Habíamos dicho que el organismo del hombre toma alimentos, ó fuerzas en tensión y produce calor y movimiento, fuerzas vivas. ¿Que relación existe entre una y otras ó, en otros terminos, cuanto calor representan sus alimentos y cuantos kilogrametros su trabajo? y el lenguaje puramente mecánico, ¿cuál es el rinde de la máquina humana? La cantidad de alimentos necesaria para sortear un hombre de mediana talla y que ejecute un trabajo moderado, ha sido avaluada, según varios autores, del modo siguiente:

Aluminoides.....	130 gramos
Grasas.....	100 »
Hidros-Carbonado.....	350 »
Agua.....	2700 »
Sales.....	35 »

Si el individuo no ejecuta ningún trabajo puede vivir con cantidades algo inferiores: pero si hace labores excepcionalmente penosas, como el soldado en campaña, el remero, el peón que mueve la tierra, etc., y si sobre todo tiene que luchar contra una baja temperatura, su ración debe ser mucho mayor.

La cantidad de calor producida por cada unidad de peso (gramo) de las sustancias que se queman en el organismo sería para los aluminoides 4.99 calorías (1), para las grasas 9.06 y para los hidro-carbonados 3.25; ó en otros terminos, la combustión de gramo de aluminoides, de grasas ó de hidro-carbonados pueden elevar en un grado centígrado la temperatura de 4 k. 999 gramos, de 9.06 y de 3.25 de agua respectivamente.

El número de calorías producido por la ración diaria que hemos denunciado sería entonces:

Aluminoides.....	(2) 130 X 4 = 520 cal'rias
Grasas.....	100 X 9.06 = 906 »
Hidro C'idos.....	250 X 3.25 = 1137 »
Total.....	2563 cal'rias

Los procedimientos directos (calorímetros) para avaluar la cantidad de calor producido por el organismo en reposo en las 24 horas han dado de 2400 a 2700 calorías, es decir, de 100 a 112 calorías por hora, término medio.

La producción de calor es mucho menor durante el sueño, descendiendo a 36 calorías por hora; aumenta en la vigilia a 150 calorías y alcanza a 300 con un ejercicio activo.

La temperatura propia del organismo concluirá por aumentar si el calor no fuera desapareciendo a medida que se produce.

La pérdida mayor corresponde a la irradiación con la superficie cutánea; otra parte de calor se emplea en calentar el aire inspirado y los alimentos y las bebidas que ingerimos; otra desaparece por la evaporación, cutánea y pulmonar; en fin, la última parte se transforma en trabajo mecánico. Para un ejercicio activo todas las pérdidas aumentan en especial la evaporación, cutánea y pulmonar; el número de calorías se eleva a 3.700 y aún a 4.500

